



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 7.^o | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Febrero 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Tres meses.	32	Seis meses.	74
Seis meses.	62	Un año.	144
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Tres meses.	20	Seis meses.	40
Seis meses.	38	Un año.	84
Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; libreria de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P. del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Carmen, 24, 1.^o; en Valenici, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En Paris Mr. François Ebbardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

Calderon de la Barca, por la Condesa de Araceli.—*Cartas á Etelvina*, por Gregorio Barragan.—*Laureles, palmas y flores* (poesia), por Modesto Centenera.—*Note obituario* (poesia), por Isabel de Villamartin.—*Epigramas*, por Luis Cortés y Suaná.—*El sentimiento de lo bello*, por Teodoro Fontlenger.—*Quien sólo flores posee, sólo da flores*, por Angela Grassi.—*La Catedral de Tarazona*, por M.—*Costumbres españolas*, por X.—*La Abadía*, por Yicela de Silva.—*Los nidos de aves*—*Explicacion del figurin*.—*VARIETIES: La gata de agua*, por Hermenegildo Noriega.—*Correspondencia*.—*Enigma*, por Adolfo Vargas.—*Chayada*, por I. V.
GRABADOS.—Calderon de la Barca.—La Catedral de Tarazona.—El Mercado.—Ogano y Antaño.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

No há muchos dias, en el elegante teatro del Principe, se ejecutó *La Vida es sueño*, para celebrar el aniversario del insigne poeta madrileño, D. Pedro Calderon de la Barca, cuyo retrato sirve de portada al presente número.

Nació, segun D. Gaspar Agustin de Lara, en 17 de Enero de 1600; á los nueve años empezó á estudiar latinidad, pasó despues á Salamanca á completar su instruccion, y vuelto á los 12 años de su edad y de su siglo á su patria, Madrid, halló en ella la más grata acogida. Su esclarecido ingenio, que ya por aquel tiempo se habia dado á conocer en nuestros teatros, y la hidalguia de su cuna y de su carácter, le grangearon amigos entre la nobleza. Fué soldado, hizo las campañas de Milan y Flándes, y llamado á Madrid por Felipe IV, gozó de tantas consideraciones y honores, cuantos le plugo alcanzar del poeta monarca.

Sin embargo, á los 51 años de edad, cansado de las humanas grandezas, se hizo sacerdote, sin renunciar por eso al dulce comercio con las Musas, y por último, el año de 81, á 25 de Mayo, dejó plácidamente de existir, siendo sepultado en la iglesia de San Salvador de esta corte.

Este ilustre poeta es, en concepto de la mayor parte de los criticos nacionales y extranjeros, uno de los mayores ingenios que han producido los siglos para el difícil arte dramático. El enredo de sus comedias prueba los inmensos recursos de su privilegiada imaginacion, y el ingenio, la discrecion y la donosura brotan en ellas á raudales, acompañados de la armonia incomparable de sus rimas.

¿Quién habrá que no conozca sus populares comedias llenas de pasion, de vida y movimiento, tan fecundas en altos y filosóficos conceptos, tan aptas para hacer germinar y desenvolver los nobles sentimientos del alma?

D. Pedro Calderon de la Barca es uno de aquellos escritores, por cuyo poderoso influjo viviria la lengua española, aun cuando dejase de existir España; porque si las naciones pueden desaparecer, no así las obras del génio, que desde la invencion de la imprenta vuelan de mano en mano desde un confin al otro de la tierra, para reproducirse y perpetuarse sin cesar entre las generaciones venideras.

LA CONDESA DE ARACELI.

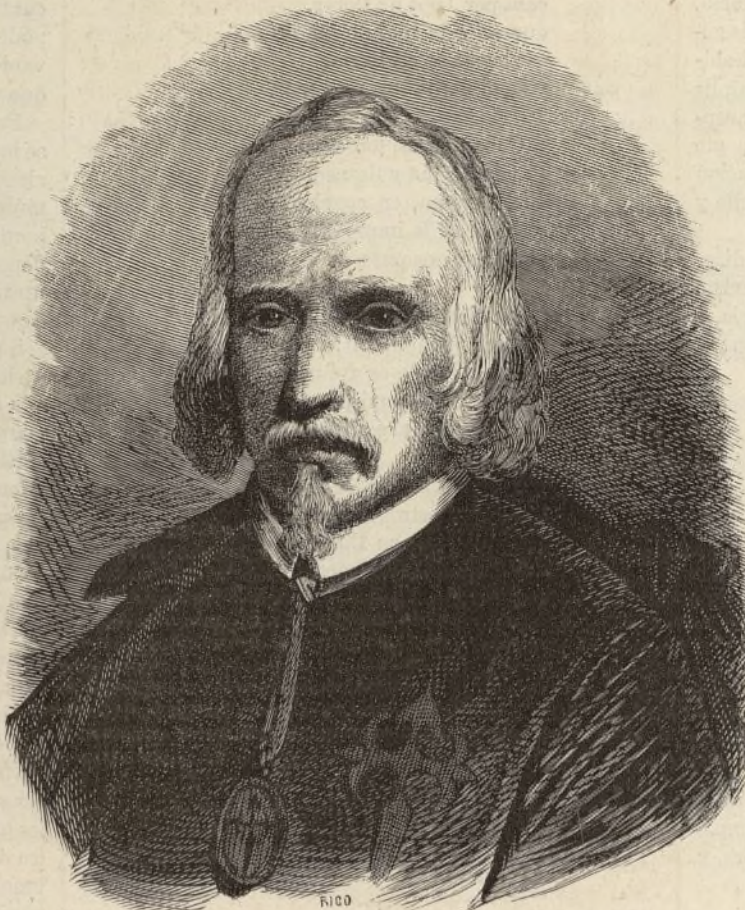
CARTAS Á ETELVINA.

IV.

LA CARIDAD.

Mi adorada Etelvina: Virtud sublime es la que me señalas como lema en tu última.

El más grandioso, el más elocuente, el más sagrado, el más aceptable á los ojos de la Providencia, de cuantos hechos pueden enriquecer la corona de merecimientos del



CALDERON DE LA BARCA.

hombre, es el acto de caridad que verifique, guiado por sus nobles sentimientos, por su filantrópico corazón, por su generosa alma.

Mas á pesar de tema tan vasto, de punto tan extenso, mi mente se encuentra confusa sin saber por dónde dar comienzo á desarrollar ese punto y á discurrir sobre ese tema. Recuerda mi imaginacion los sabios escritores, los profundos filósofos, los esclarecidos moralistas, los ilustres poetas que han ocupado sus sobrenaturales dotes en presentar virtud tan hermosa bajo diversos aspectos, cantando estos sus excelentes resultados y describiendo

aquellos los bellos cuadros que la Caridad dibuja.

Sobradamente pálido y débil ha de aparecer mi trabajo, por lo que supongo ni has de concederle el nombre de copia. Pero colocándome á retaguardia de tu bondad excesiva y criterio superior, en ellos confío y su apoyo espero.

La CARIDAD!

¿Quién no siente, mi querida amiga, remover hasta la fibra más débil de su organismo, al oír pronunciar tan solemne frase, recordando ó un bien practicado ó un bien recibido?

¿Quién no siente respirar más tranquilo su corazón al practicar un acto de misericordia?

¿Quién no se cree más satisfecho, más feliz, despues de haber llevado á efecto una obra de caridad?

La conciencia aplaude con su sosiego al sér que proporciona algun beneficio á otro sér. El alma duerme gozosa despues de haber ejecutado una caritativa accion.

¿Cuántas lágrimas se han secado al calor de la caridad!

¿Cuántos séres fueron arrebatados por ella de las garras de la desesperacion, de la muerte!

¿Cuánta desnudez ha cubierto, cuánta sed ha apagado, cuánta miseria ha socorrido!

La caridad, que sigue sus pasos á la desgracia, tiene por noble mision la de ir arrancando víctimas de los brazos de su compañera.

Cierto, amiga mia, que hay manos que azotan al que las socorrió, al que las librara de un mal seguro, de una muerte inevitable; pero esto, que no se puede indicar sino como excepcion, solamente prueba que la caridad, al ser practicada, produce placer en el alma del que la ejecuta, y placer tambien en la del que recibe el beneficio consiguiente.

¿Y cómo nó, Etelvina, si todos somos hermanos, hechos á imagen y semejanza del Eterno! ¿Y cómo nó, si tal vez el que hoy tiende su mano al desvalido, y al necesitado socorre, mañana se verá en la desgarradora posicion de solicitar el apoyo que ántes prestara, y pedir el auxilio que concediera ántes?

Al alma caritativa sólo una cosa entristece, y es que reclamen su amparo y no la sea fácil concederle. Mas entónces, si medios materiales la faltaran, quedan aún á su arbitrio palabras de dulce consuelo que suplir pueden á aquellos en buena parte.

Porque, segun comprenderás, mi buena amiga, las fases de la caridad son varias. Unas veces el corazón afligido no necesita más que auxilios morales, y la compañía, las frases cariñosas, el interés y el celo demostrados, deben suceder á las obras prácticas, á los actos materiales.

Vestir al desnudo, apagar la sed al sediento, socorrer al desvalido es tan noble, como consolar al desgraciado, atender al enfermo, vigilar al moribundo.

Bien seguro estoy de que traspasaría los límites de la carta presente, si fuese aguardando á dar cabida al cúmulo de consideraciones que, sobre el epígrafe que estas líneas corona, bullen en mi mente. En su virtud, pues, paso á las citas históricas que te tengo prometidas, como ejemplos á mis palabras, y que de una manera tan abundosa nos ofrece el libro del pasado.

Madama Dacier, tan apreciada no sólo por sus virtudes, sino por su ilustración, tenía declarado apoyo incondicional á todo desvalido, hasta el extremo de que los recursos con que contaba para cubrir sus necesidades propias, no eran suficientes á este objeto, por emplearlos en las atenciones de las ajenas. Su esposo se atrevió un día á recordarle lo precaria que vendría á ser su posición de continuar practicando la caridad de tan extenso modo, y Madama Dacier le replicó: "No son los bienes que tenemos los que nos harán vivir, sino las limosnas que hagamos: ellas nos acercan más á Dios y sirven de lenitivo á nuestras culpas."

Las vidas de los santos se encuentran salpicadas en cada página de rasgos sublimes de caridad.

Empeño vano sería el mío si pretendiese consignar los actos más generosos que la historia nos presenta. Son tan repetidos y tan numerosos, que destruirían mi empresa. Así es que al acaso me encuentro con el siguiente:

El célebre M. Langüet, cura de San Sulpicio, vendió en un tiempo de carestía sus muebles y pinturas, que adquirió con fuertes desembolsos, é hizo donativo de su valor á sus feligreses pobres.

San Serapio llevó tan adelante su amor á los pobres, que no encontrando nada que vender ya y habiéndosele presentado una viuda cuyos hijos se morían de hambre, se hizo comprar él mismo á unos griegos cismáticos, quienes al ver un rasgo tan heroico, abandonaron inmediatamente su religión por la cristiana.

Grande era la consternación que reinaba en Verona con motivo de una fuerte avenida del río Adige. Entre los varios deterioros que causó, fué el dellevase el puente de la ciudad, excepción hecha del arco del centro sobre el que había una casita, habitada por una familia numerosa, que hubiera perecido toda si la caridad de un aldeano no le hubiese hecho posponer su vida á la de aquellos infelices. El Conde de Espoliverini tenía ofrecidos cien ducados al que fuera al socorro de los habitantes de la casa inundada, y sólo ese aldeano se atrevió á lanzarse en un barco y manejar el remo, hasta encontrarse al pie del ruinoso edificio, despreciando la corriente de las aguas. En medio de la general ansiedad, se llevó á cabo la salvación de los habitantes de aquel, y cuando el Conde se dispuso á cumplir su oferta, le argumentó diciéndole para negarse á aceptarla: "Yo no vendo mi vida, la presto: mi trabajo me basta para mantener á mi esposa é hijos; hacéd donación de esos cien ducados á esta infeliz familia, y Dios, ella y yo os lo agradeceremos más."

Hechos iguales á estos nos sorprenden todos los días, porque la Caridad, como hermana de la Desgracia, existe siempre que esta exista. Renuncio, en su consecuencia, á molestar más tu atención con citas que conoces y con actos que verás y practicarás diariamente.

¡Ay de aquel que pudiendo practicar alguna obra de caridad, no lo hace!

¡Dios tenga compasión del que no la conoció para sus semejantes!

No dejes, amiga mía, pasar en silencio ninguna ocasión en que puedas recibir las bendiciones de un alma agradecida.

Sé siempre avara por ejecutar actos de misericordia.

Mas para que tus obras de caridad reúnan todos los títulos de verdaderas y nobles, preciso es que no te muestres ansiosa porque aquellas sean conocidas y publicadas.

Socorre siempre que puedas, en silencio; sin que escuchas otra voz que la del sér que te bendice por el bien que le haces.

No exijas al necesitado noticias de quién es: pregúntale sólo cuáles son los auxilios que demanda, si á la simple vista no fuesen conocidos, si su estado no los delatara, y préstáseles, gustosa.

Si, amiga mía.

Tal vez la suerte coloque bajo la influencia de tu alma compasiva á algún enemigo tuyo. Pero no le mires sino como al sér que reclama tu caridad, que implora tus generosos sentimientos, que á tu bondadoso corazón acude, y atiéndele sin tener otra cosa en cuenta que su situación afflictiva.

La Caridad, si ha de desempeñarse como el Supremo Hacedor nos indica, debe borrar diferencias, sembrar el olvido, matar todo otro sentimiento que no sea el suyo propio.

Los actos de caridad tranquilizan nuestras conciencia, entusiasman nuestro corazón, alegran nuestra alma, y recogen, en premio, las bendiciones del desgraciado, que ya

no se considera tal desde que encuentra quien le ayude á sobrellevar su dolor.

A Dios, mi querida Etelvina. Concluyo la presente, creyendo no haber desarrollado el tema propuesto con la lucidez que se merece y tú desearías. Punto en extremo vastísimo, sólo me ha sido fácil dar algunas pinceladas al cuadro de la CARIDAD. Supla tu superior inteligencia, mi ningún acierto.

Como siempre tuyo afectísimo,

GREGORIO BARRAGAN.

Valladolid—Enero—1872.



LAURELES, PALMAS Y FLORES.

Basta ya, corazón mío!
Basta de llanto y sufrir,
que tu llanto es hielo impío,
que ora causa mi extravío,
ora causa mi morir.

Basta ya!... no más llorar,
no más cruel devaneo,
que el llanto del alma es mar;
y aunque le ves reposar,
siempre en su fondo hay mareo.

Cesas ya!... oh corazón!
Bendito sea tu anhelo,
bendita tu religión,
que allí do está la aflicción
convierte la pena en cielo.

Corazón, corazón mío,
cesa por Dios de llorar,
que en este mundo sombrío...
la alegría es corto río,
y es el llanto inmenso mar.

Calma, pues, ¡oh corazón!
tu triste pena y despecho,
que la calma, en conclusión...
es de la Fé la impresión
que Dios nos puso en el pecho.

Yo bien quisiera cantar,
yo bien quisiera reir;
mas tan hondo es mi pesar,
que es la risa mi penar
y es mi pena el sonreír.

Pero, en fin, todos debemos
mitigar nuestros dolores,
que la Fé que en Dios tenemos...
nos dará, si merecemos,
laureles, palmas y flores.

MODESTO CENTENERA.

¡NO TE OLVIDO!

Si sientes que una gota cristalina
Lleva el viento á tu faz,
Es lágrima caída de mis ojos,
Que me robó al pasar.

Si sientes que un suspiro en la alta noche
Perturba tu dormir,
El viento lo ha robado de mis labios
Llevándolo hasta tí.

Si sientes por la tarde que á tu oído
Un nombre resonó,
Es el tuyo, que siempre, eternamente,
Le doy al viento yo.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

EPIGRAMAS.

Á UN MILITAR SORDO.... (1).

Como Blas oye muy mal,
dicen de él sus confidentes:
—"Es Teniente general,
mas también es, ¡voto á tal!
General de los Tenientes."

HISTÓRICO.

Todo médico que sabe
el *quid* de no ser silbado,
al dar parte del estado
de un enfermo, dice: "*Es grave,
pero no desesperado.*"

Así después, muy *finchado*,
dice, si éste sucumbió:
—"No lo había yo anunciado?"
Y, si *acaso* se ha salvado:
—"No lo pronostiqué yo!"

EL SENTIMIENTO DE LO BELLO

dedicado á la distinguida poetisa

ISABEL DE VILLAMARTIN.

I.

Antes morir que perder el senti-
miento de lo bello.

M. DE C. Y P.

Hoy día en que la perfección poco á poco se extiende por todo el orbe, gracias á los maravillosos inventos que á cada instante concibe el génio creador del hombre, con increíble rapidez nos trasladamos de un país á otro; por lo cual puede formarse en poco tiempo un conocimiento exacto de las costumbres y grados de civilización de los pueblos y zonas de la tierra. Así es que los viajes se han hecho de moda, y son pocas las personas que no se procuran el placer de una excursión más ó menos larga para poder contar, á su regreso, aunque no sea más que por vanidad, las impresiones que experimentaron, los objetos que vieron y todo cuanto llamó su atención.

Pero si la naturaleza, con todo el lujo de su esplendor, se muestra palpitante á los asombrados ojos de un sér de alma sensible, nadie como ese sér privilegiado lee en sus múltiples y misteriosas páginas, que sólo hablan al alma, porque la misteriosa ciencia de Dios las ha escrito y ha depositado en cada una de sus admirables líneas, todo un tesoro de sublimidad y de poesía, que difícilmente comprenden los que hacen alarde de frío escepticismo.

Sólo los que en su risueña infancia meditaban al pie de los árboles gigantes que prestan misteriosa sombra á la soledad de la tranquila selva, podrán comprender las maravillas de la fecunda naturaleza.

El que siente dentro de su pecho germinar el sentimiento de lo bello, recorre incansable las sendas que se presentan á su paso, admira cuanto toca y cuanto sus ojos descubren, y á orillas de una sonora fuente, protegido por la sombra de un verde sauce, ó por la tienda que le forman mil ramas entrelazadas, escucha el concierto de los pájaros que vagan por la espesura y descienden en vuelo suave hasta llegar á humedecer sus canoras gargantas en los mil arroyuelos en que la fuente se divide.

Después de aquel reposo en que ha admirado y sentido las más dulces sensaciones, emprende rápida carrera hacia una elevada montaña, desde la que se divisan paisajes que encantan y extasían; y cuando al descender penetra en la gruta que le ha atraído con su fondo oscuro y tenebroso, cree que de aquel palacio de maravillas subterráneas saldrá á brindarle hospitalidad la diosa del Silencio, con un dedo sobre los labios y arrastrándole con la otra mano hacia los más oscuros antros.

¡Ah! ¡Cuán pocos son los que permanecen fríos al contemplar el furioso salto de una cascada, cuyas aguas después de una tranquila y voluptuosa carrera por entre frondosos campos matizados de flores, se precipitan, confundiendo y luchando con atronador estruendo, cubriendo de blanca espuma cuanto encuentran á su paso! El ruido que produce ese combate incesante, atemoriza el ánimo

(1) Como una tapia, según la frase favorita del vulgo, aunque también éste, contradiciéndose, dice que *las paredes oyen*. ¡En qué quedamos, le pregunto yo, las paredes ó las tapias, oyen ó son sordas!

del más fuerte. Mas así que el viajero desvia su vista y la fija en otra dirección, advierte que aquellas aguas, antes tan temibles, se han convertido un poco más allá en una movable y ancha lámina de cristal, que quiebra el beso de la brisa cuando pasa fugitiva para ir á esconderse entre los delgados juncos que se mecen en la risueña ribera, ó serpear y confundirse con el puro y radiante horizonte.

¡Cuán pocos hay que no admiren esas ciudades de Italia, patria del arte, las cuales así que llega la noche parece que las ilumina la luna fantásticamente, revisitiéndolas de encantos fascinadores, como las ciudades descritas en las Mil y una noches!

¡Qué feliz es el sér que huyendo por mucho tiempo de los engañosos placeres de la sociedad, puede hacer su plegaria de admiración á Dios en ese gran templo de la naturaleza, desbordándose su alma de gratitud así que una nueva maravilla se presenta ante sus ojos!

II.

Dulce es la melancolía que infunde en el alma el viajar en un buque que, siguiendo su incierto camino, se abandona en brazos de las caprichosas y tranquilas olas, mientras estas acarician sus costados con adormecedor murmullo.

Un marinero entona un canto revestido de secreta armonía, acompañado por el plañidero acento de las vergas, velas y mástiles mecidos por la brisa. Qué canta? Solo él lo sabe; pero su canto nos recuerda la patria, los amigos que en ella dejamos; penetra hasta los más reconditos pliegues de nuestro corazón, lo eleva, lo extasia con voluptuosos ensueños.

Una vaporosa nubecilla, blanca como el cisne, se cierne juguetona en la pura y azul atmósfera; el alma nuestra quisiera envolverse en ella, darla dirección y no parar hasta hallarse ante la vista de un sér querido que la enviara un cariñoso saludo, un pensamiento envuelto á su vez con un beso de amor y esperanza!...

Voces extrañas que parecen derivar de mundos desconocidos, murmuran á nuestro oído algo que no comprendemos, algo que el corazón lo escucha sobrecogido de inusitada felicidad, felicidad intensa que nos proporciona extraña congoja, hasta que la fuerza de la emoción hace exhalar un suspiro á nuestros labios y una dulce lágrima humedece nuestros ojos. Es que no hay vida como la del viajero, tan fecunda en emociones siempre nuevas, en distracciones continuas que le hacen fuerte y religioso, así que se destacan ante él los vírgenes bosques, las dilatadas llanuras de incultos países; al seguir la corriente de los ríos en una canoa, en una balsa guiada por indígenas. Sobre todo al pisar el sitio donde en pasados siglos existió una populosa ciudad de la cual sólo restan ruinas de su antiguo esplendor y riqueza.

“Qué fué de ella? ¿Por qué yace aquí en polvo convertida? Pregunta con dolorosa sorpresa. Y entonces la historia, representada por aquel único esqueleto, le responde: “El lujo, la ambición, las pasiones bastardas y la prostitución, acumularon tempestuosas nubes, y la soberbia infinita que se mofaba de Dios, el orgullo desenfrenado que no tenía trabas, todo esto contribuyó á que concluyese por destruirse con frenética rabia; y en el parasismo de su propia locura, los hijos peleaban, maldiciéndolos, contra sus padres; los hermanos, contra los hermanos; y de la confusión, de aquella delirante lucha resultó el silencio, el polvo, la nada.”

El viajero que contempla aquellos restos que permanecen condenados á revelar á las generaciones que se van sucediendo, el secreto de su muerte, llenase de tristeza al considerar que las actuales no hacen caso del ejemplo que le ofrecen las pasadas, y á pesar de su civilización quizás venga un día en que por su soberbia y orgullo suceda lo mismo con los monumentos que ellas hayan levantado, sirviendo á su vez de ejemplo á las generaciones futuras, como las ruinas de la antigua Roma, Palmira, Nínive y Babilonia.

El viajero siempre encuentra algo digno de anotarse en su álbum de memorias, y los gratos recuerdos de sus viajes jamás se pierden, porque los lleva grabados en su corazón.

El ve lo que otros no ven, comprende lo que otros no comprenden.

Se ha estremecido de terror ante el grandioso espectáculo de la tempestad, en que las olas de un mar furioso combatidas por el viento se elevan á prodigiosa altura, como si quisieran desafiar á las nubes, y al mismo tiempo sepultar en sus abismos al buque que la Providencia sólo sostiene. Ha visto los rayos rasgando la tupida confusión de nubes negras, iluminando con su deslumbrante y siniestro fulgor la escena de espanto y desolación.

Ha escuchado los gritos de atemorizados pasajeros pidiendo protección al cielo.

Su pecho se ha levantado á impulsos de una emoción extraña, lleno de entusiasmo al ver la enérgica expresión, el brillo centelleante de la mirada de un hombre valiente luchando con los elementos para salvar al débil buque.

Ha visto la muerte posarse sobre su cabeza, y por otra parte ha experimentado esa alegría indescriptible, que produce la arrebatada voz de un marinero, gritando: “Tierra! Tierra!”

III.

¡Oh! Dejad que mi enardecida imaginación se recree en esos pensamientos, en esos sueños, hijos del delirio que á veces me devora.

Cansado ya de las borrascas de la vida, deseo contemplar su imitación sublime en los elementos, teniendo por descanso un lecho de hojas frescas y por alimento el fruto que penda de los árboles que encuentre en los linderos del camino.

Mi corazón desea por madre la inmensidad, y me entregaría con efusión en sus brazos.

Deseo distraerme de mis lúgubres ideas, y poder esplayar mi juventud, y vigorizarla, recorriendo las comarcas que en mi idealismo he soñado; sufriendo con alma fuerte las continuadas fatigas del que emprende una vida nómada; para poder acrecentar el amor á todo lo grande y sublime que arde en mi pecho, y sobre todo, para no perder jamás el sentimiento de lo bello.

TEODORO BOULLENGER.

Barcelona 19 de Diciembre de 1871.

QUIEN SOLO FLORES POSEE, SOLO DA FLORES.

Por qué estás pálida y triste, mi candorosa Adela? ¿Tienes apenas quince años, acabas de saludar la vida, y ya tus ojos se fijan melancólicamente en el cielo, buscando tal vez una adorada imagen entre las blancas nubecillas, tal vez una promesa celeste en cambio de tus perdidas esperanzas!

¿Es que has hallado ya una espina entre las rosas que siembran el camino de la juventud? ¿Es que tu corazón virginal, abierto á las más dulces emociones, ha recogido dolor y falsía en pago de su cándida ternura? Ah, sí! ¿Tus mejillas se tiñen de rubor... se balancea una lágrima en tus párpados! Pobre niña! ¿Pobre niña, que al empezar la senda de la vida has creído ver brillar un diamante entre ramilletes de flores, y al recogerlo ansiosa has hallado que las flores estaban marchitas y el diamante que brillaba herido por los rayos del sol era un charco de inundo lodo! Pobre niña!

¿Pero qué es lo que murmuran tus labios contraídos por el dolor? ¿Qué palabra es esa que has pronunciado en voz baja? ¿Qué es lo que has dicho, Adela? Venganza! ¿Anhelas vengarte? Pero cómo? De quién? ¿No sabes que la mujer no debe aspirar á la venganza? ¿No sabes que ni aun la queja le está permitida á su decoro? Ah, retira esa palabra, retírala, porque no sienta bien en unos labios de mujer, en unos labios de quince años! ¿La mujer, Adela, es hermana de los ángeles, y no debe contaminar sus blancas alas rastreándolas sobre el lodo de la tierra! ¿Cuando cometes una acción indigna, tu fiel compañero, tu buen ángel de la Guarda, no se venga, no se indigna, no te reprocha, nó! ¿Tu buen ángel de la Guarda llora, y ofrece al Eterno sus lágrimas en expiación de tu extravío!

¿Dios formó á la mujer para ser ángel de la Guarda de los míseros mortales! ¿Compadezcámoslos si yerran, lloremos por ellos, dulce Adela! ¿Sean nuestra abnegación y nuestra virtud el crisol de sus errores; sea nuestra virginal pureza el espejo en el cual miren retratada su negra culpa; y humillados al ver su inferioridad, tal vez abjuren sus flaquezas, tal vez comprendan cuán sublime es nuestra misión en este mundo y nos tributen el debido culto!

Ven, mi Adela, enjuga tus lágrimas, apoya tu ardorosa frente en mi regazo; yo te contaré una historia en la cual aprendas cómo se vengán las nobles almas; oye:

Existe en la Persia una ciudad muy notable por sus fortificaciones naturales, pues está situada sobre un picacho, y las rocas, escalonadas y en anfiteatro, la sirven de baluartes. Ofrece un aspecto singular por las numerosas grutas cortadas en la peña, que sirven de morada á una parte de sus habitantes, y por el extraño contraste que forman sus casas de ladrillo, sucias y achatadas, sus calles estrechas llenas de escombros, con el ameno valle que se extiende á sus pies, y es el más fértil de toda la Persia.

Esta ciudad se llama Yezd-Hast. En sus inmediaciones,

dice M. Alexander, se ve aún el ciprés, al cual en tiempo de Pietro della Valle se daban mil años de existencia, y la mina de plata que hace muchísimo tiempo no se explota.

También se encuentra la famosa fuente de nafta que pertenece al soberano, y sobre una montaña inmediata se descubren esculturas que representan al rey Sapor á caballo con romanos á sus pies. Algo más distante, y cerca de Tiruzabad, donde se fabrica la mejor agua de rosa de toda la Persia, se eleva una inmensa columna de 150 pies de alto, y se hallan las ruinas de un famoso templo de los Guébros.

Los Guébros, Adela, son adoradores del fuego. Se titulan á sí mismos discípulos de Zoroastro, y adoran al Sér Supremo bajo el símbolo del Sol, como emblema de su pureza. Son, en general, hombres dulces, pacíficos y filántropos, ocupándose los más en el comercio.

El principal teatro de sus devociones lo tienen en el N. de Persia, en un terreno combustible, situado á cuatro leguas de Balsu. Este terreno está impregnado de vapores inflamables: se encuentran en él muchos pequeños templos antiguos, en uno de los cuales pretenden los Guébros conservar aún las llamas sagradas del fuego universal, y este fuego, exhalado por la extremidad de un grueso tubo clavado en tierra, hace el efecto de una lámpara alimentada por una materia muy pura. Este sitio es la Meca de los Mahometanos, y allí van en peregrinación todos los devotos del reino; pero esto no les impide tener sus templos diseminados por todas partes.

En el que te he dicho que se elevaba cerca de Yezd-Hast, habitaba hace muchísimo tiempo uno de los más ilustres jefes de los Guébros, y por su inmensa sabiduría, por su vida austera, era el objeto de veneración de todos sus habitantes. Se llamaba Yori. Yori era un anciano de blanca barba, de aspecto venerable. Ignorábase su edad, pero se creía que había visto más de ochenta veces renovarse las hojas de los árboles. A pesar de esto, era alto, erguido, de mirada viva y penetrante. Los habitantes de Yezd comparaban su sabiduría á la profundidad de los mares, y su inagotable bondad al delicioso pan que fabrican y que hace célebre la ciudad en toda la Persia. Esto ha dado lugar á un dicho vulgar, según el cual debe un hombre, para ser feliz, comer pan de Yezd-Hast, frutas de Adherbijan, beber vino de Shirás y poseer á una Georgiana.

Ahora bien, á Yori, según este axioma, sólo le faltaba la Georgiana para ser completamente dichoso.

Pero como su vida había sido un tejido de acciones virtuosas, la Providencia quiso concederle en su ancianidad esta anticipación de las delicias del Paraíso.

Era el mes de Abril, el mes de las lluvias benéficas que hacen germinar los frutos y las flores, el mes de suaves brisas, que parecen más suaves comparadas con el helado cierzo, y que al hacer balancear las ramas de los árboles, cubiertas de renuevos, llenan el ambiente de perfumes y armonías.

En ese mes toda la naturaleza respira una poética dulzura, y en cada átomo de la creación parece que se leen escritas promesas y esperanzas. En ese mes el alma se rejuvenece y cree hallarse transportada á aquellos risueños años de su vida, en que en las nubes azules ó inflamadas veía reflejarse la imagen de su felicidad futura, en el murmullo de las cascadas distinguía los acordes de un amor sublime. En aquella edad, en que aves, flores y fuentes eran otros tantos ecos de su dicha, porque entonces el alma cantaba, llena de alegría y entusiasmo, dentro de su pecho, como el ruiseñor en la floresta.

Aunque he olvidado la época en que sucedió lo que voy á referirte, puedo asegurarte, sin embargo, que Yezd se hallaba en un estado mucho más floreciente que ahora.

Su rey era un joven, llamado Ofir, orgulloso con las victorias que había alcanzado sobre los Mahometanos, y amante del lujo y los placeres.

Rico con los despojos del botín, daba espléndidas fiestas y engalanaba su vetusta ciudad adornando sus muros ennegrecidos con ricos tapices, sostenidos por guirnaldas de flores. De este modo Yezd se parecía á una vieja coqueta, que procura encubrir sus arrugas con recargados adornos, sin ver que hace más notable el contraste y descubre mejor las huellas que ha marcado el tiempo en su semblante.

Pero repentinamente la alegría del rey se trocó en una profunda tristeza, y ninguno de sus cortesanos pudo acertar con los motivos del cambio que se operó en sus costumbres.

Amaba la soledad y huía de las mujeres: cayó gravemente enfermo. En vano los médicos apuraron todos los recursos de su ciencia: los cortesanos, temiendo por su vida, apelaron al socorro del sábio Yori. Yori nunca se hacía sordo al llamamiento de la desdicha, y así que supo que el rey se hallaba en peligro, tomó su nudoso bastón

de viaje y se dirigió á la ciudad. Su tránsito fué un repetido triunfo, y la multitud se aglomeraba á su paso para admirarle y bendecirle.

Yori había vivido muchas primaveras, había investigado los misteriosos arcanos de la creación, y al ver el enflaquecido semblante del rey, conoció que padecía de mal de amores.

En efecto, Ofir, en la última batalla, mal herido y separado de los suyos, se refugió en una cabaña, en donde

Entonces sí que la vieja ciudad se vistió de fiesta! ¡Entonces sí que el rey, con la cabeza erguida y los ojos centelleantes, mostró á sus asombrados vasallos todo el esplendor de su grandeza!

Oh! fué un día muy bello aquel en que la joven, llamada por su hermosura Luz del Alma, llegó á las puertas de la antigua ciudad, invadidas por un pueblo inmenso. El rey la esperaba montado en su caballo blanco, cubierto de oro y piedras preciosas, y con él todos los grandes

Cosa extraña! Entre todos aquellos brillantes jóvenes, Luz del Alma sólo vió á Yori. ¡Sólo vió á Yori, que había salvado su vida con el poder de su ciencia, que era el padre de los pobres y el consuelo de los afligidos!

Cuando llegó á palacio, cuando Ofir la dijo que la había elegido para que participase de su trono y fuese la soberana de su corazón, Luz del Alma fijó sus ojos en el suelo, y sólo respondió con un glacial silencio.

Pasáronse muchos días, y cuantos más días pasaban,



LA CATEDRAL DE TARAZONA.

una Georgiana, de peregrina hermosura, le dió hospitalidad y le curó las heridas. Quiso que reposara de su fatiga, y el rey, arrullado por su suave canto, se entregó á un blando sueño: pero cuando despertó al día siguiente, la encantadora maga había desaparecido. En vano la buscó por todas partes; no pudo hallar ni una sola huella de su paso. Fuese efecto de sus conjuros, fuese que la fortuna quisiese protegerle, lo cierto es que Yori fué más afortunado en sus pesquisas.

La Georgiana era pura é inocente como el primer suspiro de amor: su viejo padre, temiendo que peligrase su inocencia en medio de los dos ejércitos beligerantes, la había mandado que le siguiera al corazón de los bosques y la jovencilla había obedecido sin murmurar.

Pero el anciano había debido en otro tiempo la salvación de la vida de su hija á la ciencia de Yori, y así que este le envió un mensajero, se dirigió apresuradamente á Yezd-Hast con la hermosa joya de su alma.

dignatarios del reino, rivalizando en lujo y gallardía.

¡Pero crees tú, Adela, que la hermosura la constituyen la juventud y las perfecciones del rostro? Nó: esta es la hermosura mentira, que no vale ni siquiera la de la flor, porque esta tiene perfumes; ni la del pajarillo, porque él produce sublimes armonías. La hermosura física es una cosa negativa, es como la estatua de Proteo, á la cual nada basta á dar vida, y que es incapaz de trasmitirla. Una cabeza vacía no puede jamás ser bella; un rostro inteligente nunca parece feo. Lo que constituye la verdadera belleza es la llama del génio, que reverbera en los ojos del sábio; es la luz de un alma pura, que presta al rostro sus mágicos destellos.

El que es bueno, puede parecer hermoso: el que reúne al talento la bondad, lo es de una manera absoluta; el que carece de estos dos encantos, nunca hará brotar en el alma una chispa de ese amor sublime, única palanca que mueve el universo.

más desvió experimentaba la joven hacia el rey, y más se despertaba en su corazón un santo y puro afecto hacia el bondadoso Yori.

Ofir era noble y generoso: Ofir adivinó cuanto sentía la inocente niña, y mostrándose digno de sí mismo, una mañana se la entregó á Yori, diciéndole que la hiciese la más feliz de las mujeres.

Luz del Alma, ébria de júbilo, siguió al anciano jefe de los Guébros hasta el antiguo templo, y allí brillaron para ambos días de una felicidad que no es dado á humana voz encarecerla.

Pero los desairados jóvenes de Yezd-Hast rugían de cólera y de envidia, y revolían en su mente mil extraños medios de vengarse y cubrir de baldón al feliz anciano.

Allí, como aquí, los principales ornamentos de cierto animal bravío eran un signo de burla y menosprecio.

Un día, al rayar el alba, cuando cantaban los pájaros su



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3.

himno de la mañana y las flores se balanceaban espejándose en la fuente y entregando á la brisa sus perfumes, una comitiva de jóvenes esclavos salió de la ciudad, llevando en una bandeja de oro los atributos de fuerza del animal que ántes te he indicado, cubiertos con un paño bordado de perlas y rubíes.

Era el presente epitalámico que los jóvenes de Yezd-Hast ofrecían al nuevo esposo.

A los pocos instantes volvió cargada de flores, tan hermosas y lozanas, que sus hojas estaban aún salpicadas con las perlas del rocío.

Yori reemplazó con ellas el contenido de la bandeja, puso encima un pergamino, y volviendo á cubrirla con el precioso paño, la entregó á los esclavos.

Quando los jactanciosos jóvenes, agrupados en la puerta de la ciudad, divisaron á sus enviados, poblaron el aire

HUESCA.

CATEDRAL DE TARAZONA.

Dividida la noble y antigua poblacion de Tarazona por el cáuce del Queiles, en ciudad propiamente dicha, situada en la orilla izquierda del rio, y en arrabal, que forma el resto y ocupa la orilla derecha, comunicanse entre sí



EL MERCADO.

Luz del Alma vagaba por el jardín, y fué la primera en recibir el afrentoso mensaje.

Trasportada de una noble indignacion, corrió al retrete donde se hallaba el sábio, rodeado de sus volúmenes, y le presentó la bandeja, pidiéndole venganza.

Yori no se inmutó.

—Vé, dijo con apacible calma, vuelve al jardín y coge las flores más bellas y perfumadas.

Era tan dulce y persuasivo su acento, que la joven obedeció.

con sus exclamaciones de alegría; pero al descubrir la bandeja palidieron, y fijaron, llenos de confusion, sus miradas en el suelo.

Entónces uno de los más atrevidos desdobló el pergamino, y leyó lo siguiente en medio del silencio universal.

¡Cada uno da lo que tiene: quien sólo flores posee, sólo da flores!

ANGELA GRASSI.

por medio de dos puentes. Comprende esta última parte una espaciosa plaza, llamada de la Catedral, por elevarse en ella el edificio de que pasamos á ocuparnos. Llamóse, en la entrada del primer obispo, *Santa María de la H-dria*, quizá como derivacion del griego *hydros*, agua; y de la *Vega* ó de la *Huerta*, posteriormente, sin duda por causa de lo ameno del sitio. Al extremo de una puerta se vé en toda su longitud el templo, sobre una magestuosa escalinata, en el fondo de la plaza. No hay noticias exactas respecto de la época de su fundacion, pues al paso que

unos la fijan en el tercio primero del siglo XIII, otros la suponen principiada á principios del siglo XII. Muchas son las modificaciones que en el transcurso del tiempo ha sufrido la fábrica, viéndose en ella vestigios de los diferentes gustos que han dominado en el arte arquitectónico: así se vé, por ejemplo, que se confunden y se truncan á menudo, el bizantino y el gótico, observándose esta irregularidad tanto en las estatuas como en las labores y las otras partes del exterior del edificio. El interior le excede en hermosura y riqueza. Apenas se penetra—dice un cronista—por su umbral, admira ver con qué brio se levanta la nave principal en agudas ojivas á una gran altura, y con qué misterio las laterales, bajas y sombrías, desembocan en el anchuroso crucero, prolongándose en el opuesto frente por detrás de la capilla mayor, y con qué gentileza se despliega por cima de ellas la gótica galería, ciñendo el ábside y el crucero. Parece que todos los siglos de fé llevaron en ofrenda al Altísimo algunas piedras para cimentar aquel hermoso templo; las distintas formas del arte cristiano se combinaron en su erección con una armonía, que más parece obra de convenio simultáneo que de esfuerzos sucesivos. Porque si las naves laterales en su gravedad sombría y en los gruesos follajes de sus columnas y en los florones de relieve que esmaltan sus archivoltas y cornisas, conservan aún el carácter bizantino, su esbelta bóveda y sus arcos admiten ya la ojiva, recordando varios de ellos con su forma de herradura y con sus acumuladas molduras, el estilo árabe, ya sea efecto de fortuito capricho, ya reminiscencia de artistas sarracenos. El gótico brilla sin tanta amalgama en las atrevidas medias columnas que, en grupo de tres, arimadas al muro de la nave principal, suben hasta recibir sobre sus elegantes capitales el de las arcadas; y no menos gallardo brilla también en la hermosa galería, apoyando sus ojivas coronadas por una simple moldura sobre los capiteles de airosa columnata, y admitiendo un grueso balaustre, que no la desdora, á pesar de su fecha posterior. El gusto plateresco, no hallando ya espacio donde campear, usurpó al gótico el ventanaje, cuyo primitivo tipo tal vez retiene la segunda arcada del crucero; y en el artesonado dintel de las ventanas, en sus abalaustradas columnas, en las labores que engastan la redonda lumbra inferior, sostuvo sin mengua la competencia.

Dirémos, para terminar esta breve reseña, que la disposición del templo y los lejanos términos del ámbito, parecen agrandar sus dimensiones, de por sí bastante vastas, y sus 230 pies de longitud, ofreciendo una rica variedad de perspectivas, ya espaciosas y risueñas, ya severas é imponentes.

M.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS

(el mercado de Bilbao.)

Bilbao, como la mayor parte de las poblaciones marítimas, se distingue por la elegancia de sus construcciones modernas, por el aire de bienestar que respiran sus calles rectas, limpias y desahogadas, por el movimiento, en fin, y el continuo tráfico del puerto que le presta vida y animación.

El mercado de Bilbao tiene lugar en la plaza que lleva este nombre, y comienza regularmente á las nueve de la mañana, para terminar á la una de la tarde. Los vecinos pueblos de la costa por un lado, y los habitantes de los caseríos próximos por otro, lo surten con abundancia de pescado fresco, volatería, frutas y legumbres. Respetando un uso altamente beneficioso para los intereses de la villa, entre el comprador y el productor no se interpone el traficante, que en otras poblaciones, como Madrid, dobla el precio de las cosas al revenderlas. Nada puede concebirse, por lo tanto, más animado y pintoresco que el golpe de vista que ofrece el mercado de Bilbao, cuando bajan las aldeanas trayendo esta un cesto de frutas, aquella un par de gallinas, la de más allá un brazado de legumbres, y van y vienen cruzando en todas direcciones por el ámbito de la plaza, donde se mezclan y confunden con las vendedoras de sardinas frescas que llegan en las primeras horas del día de Santurce, Portugalete y Algorta. Como una de las particularidades más notables, es que todo lo que se vende en el mercado lo venden mujeres, no se ven entre ellas más hombres que alguno que otro aldeano, tipo perfecto del país, que con su boina de color y su imprescindible y disforme paraguas bajo el brazo, viene á acompañar á las muchachas desde el pintoresco caserío en que habitan. En el dibujo del Sr. Becquer, que más bien que el conjunto panorámico del mercado ofrece una de sus escenas, véase, pues, multitud de tipos de jóvenes del país, cuyos característicos trajes y los paños blancos

que se colocan sobre la cabeza para defenderse del sol, cierto aire gracioso y sencillo que recuerda el traje y el tocado de las Napolitanas.

X.



LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

(Continuación.)

Estaba yo furioso contra el perro; hícele un gesto de amenaza... mas viéndole inclinado á tomarlo por lo grotesco, dejéme de señas y aguantéme temeroso de que ladrara en mis narices, echándolo todo á broma.

Seguí espiondo y leyendo á medias los renglones, el menor ruido me sobresaltaba, y creí dar en tierra del sobresalto que me causó un gesto que hizo el durmiente á causa de haberle picado una mosca en la nariz... Repuesto del susto, continué mi tarea inspeccionando al mismo tiempo á las moscas.

Una me hizo rabiar con su pesadez, iba de la nariz á las cejas, de las cejas á la boca, de la boca subíase á la frente. Yo la seguía con los ojos, y hubiera querido tenerlos de basilisco para matarla.—El perro notó que la mosca me importunaba, y en poco estuvo que no armara otra como la del lagarto... de miedo que alborotara, dejó á la mosca en paz, y continué la lectura, inspeccionando al perro.

“Cuando esta llegue á tus manos, decía la carta; mediará entre nosotros gran distancia... ¿Qué significará esto?... preguntábame confuso... el papel estaba doblado y no podía leerse más que la mitad de cada renglon; en otro decía: “Sí, Carlos, huía de tí, porque te amaba...”

No sé como al leer estas palabras pude contener una exclamación de gozo... el mio era tan grande que no me cabía el corazón dentro del pecho... era el postrer renglon de la carilla... no me fué posible volver la hoja, quise ahuecarla y ¡oh dicha! Entre los dobleces vi un rizo de sus cabellos... estremecíme de júbilo, y mi mano tocó las barbas del maestro. Este movióse, y ya no pude ver más... escurríme hasta quedar tendido en el suelo, sin atreverme á respirar y sofocado por la vergüenza.

El perro vino á lamerme la cara, díle un puñetazo en el hocico y el pobre animal fué aullando de dolor... cosa que me hizo arrepentir bien pronto de haber cedido á un arranque involuntario.

El silencio se había restablecido, se oía volar á las moscas; esto probaba la completa inmovilidad del maestro; pero en vez de suponerle dormido, suponíale atisvando el momento en que yo abriera los ojos, y me hallaba con los suyos clavados en mi rostro, á fin de sorprender mi secreto... veíale con la diestra levantada, el entrecejo arrugado, la mirada chispeante, y los labios entreabiertos para dirigirme los más duros reproches... mi único recurso fué hacer que dormía profundamente.

Esto duró un buen rato. Por último hice un gran esfuerzo y abrí los ojos, pero enseguida volví á cerrarlos. Luego, por grados, volví á entreabrirlos, y aventuréme á levantar la cabeza. El sochantre continuaba durmiendo, sólo que había cambiado de postura.

Quise largarme, y poco á poco me puse de pie... Mas por cuanto no se le ató á un burro lanzar un gran rebuzno al otro lado del seto. El perro, que tal oyó, no contento con ladrar como un desesperado, saltó por encima del sochantre, y fué á ver lo que pasaba fuera, mientras yo recobraba mi postura horizontal.

El maestro barboteó algunas palabras renegando del perro. Yo, que me había vuelto á fingir dormido, esperaba que me tocara la vez; pero la voz fué apagando, y esto me devolvió la esperanza... Mas de improviso sentíme agarrado por una pierna, y á pesar de mi enorme sobresalto, permanecí sin hacer movimiento alguno.

En cambio hice mil conjeturas... El terror paralizaba mis párpados... El monstruo, á no dudarlo, tenía calor y vida. Mi angustia llegó á ser tanta, que no pude menos de mirar... Era la mano del sochantre la que sujetaba mi pantorrilla.

Estaba cogido! Cogido como en un lazo! No había escape... Con todo, el miedo me hizo valiente y reflexivo.

Comencé á discurrir cómo podría salir del aprieto... Imaginé substituir mi pierna de carne y hueso con algun apoyo artificial... Hecha la sustitución, me sería fácil escapar. Ya, con la invención, me veía libre, cuando llegó á mis oídos la voz del señor cura, que me llamaba repitiendo: Carlitos! Carlos!

El servicial canelo no tardó en aparecer ladrándome al oído, como para decirme: “levántate, hombre, ¡no estás oyendo que te llama el amo?”

Levantéme y otro tanto hizo el maestro; el primer movimiento que hizo éste fué llevarse la mano al bolsillo, para ver si estaba la carta en él, luego me miró y dijo... Tú aquí!!

—Carlos... Carlitos, volvió á decir la voz del señor cura.

El otro, al oírlo, se contuvo, y murmuró entre dientes: “Al cabo pronto cesarán estos quebraderos de cabeza...”

Yo escapé más muerto que vivo, y para ganar tiempo y disimular el bochorno, tomé por el sendero más largo.

—Carlos, me dijo el señor cura saliéndome al encuentro, vé á buscar la gorra y vuelve si quieres acompañarme á dar un paseo.

Vaya un apuro!! La gorra se me había quedado en el sotillo, donde se hallaba todavía el maestro, y por todo el oro del mundo no hubiera consentido en volver á su lado... mas por no disgustar al señor cura... ¿qué no era yo capaz de hacer? Volví piés atrás, y al través del follaje vi los ojos del maestro que nos espía desde su escondrijo...

Antes de que llegara yo salió á encontrarme con la gorra en la mano, alargómela sin dar muestras de sentir enojo contra mí, y díjome:—Anda, no hagas esperar al señor cura.

Esta desusada moderación dejéme asombrado, y haciendo extrañas conjeturas, volví adonde pensativo me aguardaba mi bienhechor, cuya visible tristeza me daba mucho que pensar.

Emprendimos el paseo hacia la montaña. El señor abad, de suyo tan alegre y expansivo, caminaba en silencio, y como indeciso y cortado... La ocasión no podía ser más oportuna para reclamar su confianza. La sospecha de que un señor tan digno de ser feliz, abrigaba en el corazón amargos pesares, acabó de animarme, y aunque no sin ponerme colorado y balbuciente, díjele:—Paréceme, señor cura, que tiene vmd. alguna pesadumbre que le atormenta... Por qué me la calla? ¿No me juzga vmd. digno de su confianza?

—Sí por cierto, respondiéndome suavemente, tan digno te creo de saber mi pena, que fundo todo mi consuelo en la idea de que tú mismo me has de ayudar á soportarla con resignación.

Este preludio, aunque alarmante, halagaba mi amor propio, y este me dió valor realizándome á mis propios ojos.

Habíamos llegado al pie de una colina y sentámonos á la sombra de un nogal. El señor cura miróme con cariño y comenzó diciendo:

—Carlos... Si echas la cuenta de los años que tienes, no extrañarás lo que voy á decirte... Acabáronse para tí los juegos de la niñez... Hora es ya de que nos ocupemos de tu porvenir... pues que del buen ó mal empleo que hagas de tu primera juventud, depende la dicha ó la desgracia del resto de tu vida...

Es necesario que te apliques y elijas una profesión honrosa y hacia la cual te sientas inclinado. Es preciso que conozcas un poco el mundo y las relaciones que unen al hombre con sus semejantes... Así, por medios laudables, podrás abrirte paso á los honores, á la riqueza... ó al puesto que te destine la Providencia... Mi deseo es hacerte un miembro útil de la sociedad... un hombre instruido á la par que honrado. Pero no es en esta humilde campiña en donde se adquieren tales ventajas.

Miréle como alado, y corrió por todo mi cuerpo un escalofrío.

—Nó, hijo mio, añadió al notar mi estremecimiento. No es en una pobre aldea en donde podrás conocer el mundo y seguir los estudios necesarios para conseguir tu independencia... fuerza es que uno y otro hagamos el sacrificio de lo presente al porvenir, fuerza es que nos separemos... Bien quisiera ir contigo, ser tu guía en ese mundo que no conoces; pero un deber sagrado me detiene... Además, lo juzgo conveniente, atendiendo á que mis luces no alcanzarían lo bastante: al salir de mis manos, pasarás á obras más hábiles... Las mías son quizá demasiado amigas... Otro será el que allane para tí el camino de la fortuna, y yo gozaré de los resultados sin sentir que haya hecho por tí lo que yo no puedo hacer... Ese otro es un amigo, y condiscípulo mio, á quien bien pronto aprenderás á estimar en lo mucho que vale. Mi amigo es catedrático de la Universidad de Oviedo. Te recibirá en su casa, y en ella estoy seguro de que hallarás mucho y bueno que imitar y aprender... Aquí no se tiene idea de lo que valen

ciertas cosas de que hace gran caso el mundo... la vida del campo deja inactivas las más nobles facultades del espíritu... Me cuesta mucho trabajo el desprenderme de tí... pero si, como yo, reconoces la necesidad, la conveniencia de tu partida... esta me será menos sensible... No te alucines engañándote á tí mismo. Vé más allá de tus deseos... y no echas en olvido que Dios ha de pedirnos cuenta de los talentos que nos da sólo en depósito... y para que adelantemos en el camino de la perfección... El hombre se debe á Dios, á la patria y á la familia.

La familia! Llegaría yo á tener una familia?... Esta esperanza me hizo sonreír en medio de mis lágrimas... Porque la modestia, la dulzura de aquel santo varón, me habían enternecido de modo, que lloraba como una mujer.

—Vamos, no te aflijas; al cabo la separación no es eterna, decía el señor cura, casi más afligido que yo. Si después de los estudios prefieres el campo á la ciudad, la vida oscura y pobre á la fortuna y vanagloria... Entonces ¿quién te quita de volver á mis brazos?... Volverás instruido y capaz de ganarte la vida ejerciendo una honrosa profesión como, verbigracia, la de abogado, médico, boticario, etc. Entonces podrás establecerte, casarte...

—Con Luisa? No es eso lo que V. desea? pregunté yo dando al olvido mi pesadumbre, y tan deslumbrado por la esperanza, que todo lo veía de color de rosa y oro; hasta la ausencia me parecía el preludio de una felicidad sin límites.

Al paso que mi semblante se iluminaba, íbase oscureciendo el de mi bienhechor. Quiso interrumpirme y detúvose como atragantado. Sus ojos, fijos en los míos, expresaban la más tierna compasión... por último, haciendo por vencer su repugnancia, dijo:

—Siento mucho que te hagas ilusiones, hijo mío. Ni Luisa ni yo queremos engañarte... fuerza es que renuncies á un amor que la pondría en el duro trance de elegir entre su gusto y la obediencia que debe á su padre...

—Ah! Su padre! repetí con amargura. Ese hombre me odia desde niño...

—Carlos, repuso con viveza el señor cura, respeta la voluntad de un padre, y no atribuyas á ese hombre un sentimiento que se halla muy lejos de su corazón. No queramos sondear sus motivos... Acaso le asistan razones que ignoramos.

—Nó, padre mío, exclamé arrojándome á sus brazos. Nó, mi único amigo y protector, no ignoro que me desprecia porque soy un vil *expósito*.

Sorprendido, aterrado quedó el buen sacerdote al oír tan brusca revelación. Todas sus facciones se descompusieron. El dolor había quebrantado un alma de suyo tan fuerte, á pesar de su angélica dulzura. Mis imprudentes palabras le habían arrebatado en un momento el fruto de sus cuidados en alejar de mí hasta la sombra de una humillación.

—Oh, padre mío! Oh, mi amado bienhechor! exclamé abrazando sus rodillas, he afligido á vmd. en el momento en que daría de buena gana mi vida por consolarle... Perdóneme vmd.; la enmienda, el celo, le probarán que no ha favorecido vmd. á un ingrato... Estoy resuelto á seguir en todo las instrucciones y el ejemplo de vmd.; le amaré con todas, todas las fuerzas de mi corazón. Me aplicaré muchísimo, y hasta procuraré olvidar á Luisa y querer á su padre... Por vmd. soy capaz de todos los sacrificios... Gracias, gracias por todos los beneficios que le debo... por lo dichosa que ha hecho mi niñez. En lo sucesivo, no pasará un solo día sin que dé gracias á Dios por haberme colocado bajo la salvaguardia de un señor tan amable, tan caritativo, tan santo.

—Basta, hijo, basta, exclamó el cura enjugándose los ojos y con las mejillas cubiertas de un modesto rubor. Si he podido hacerte algún bien, mejor para mí, sólo haciendo felices podemos serlo... Yo también te doy gracias por tu cariño, por tu docilidad y buen comportamiento. Ahora puedes irte seguro de que tus palabras me han servido de gran consuelo.

—Pronto estoy á partir hoy mismo... dije yo temiendo que la dilación me quitara las fuerzas.

—Sea: partirás hoy mismo, hoy mismo, repitió el buen señor levantando los ojos al cielo con expresión resignada.

Después, harto conmovidos entrambos para decirnos una palabra, permanecimos un buen rato en silencio y confundiendo nuestras lágrimas.

A la vuelta cruzamos aquel bosque para mí tan poblado de recuerdos...

El señor cura me dió algunas instrucciones acerca del viaje, y antes de las cuatro volvimos á la abadía.

Bien deseaba encontrar en el parque á Luisa, pero en vano mis ojos la buscaron... Su padre, mejor informado que yo de la suerte que me aguardaba, tampoco se presentó á mi vista... Subí á mi cuarto y recogí los objetos que debía llevar conmigo, entre otros un devocionario que me había regalado el señor cura el día que hice

mi primera comunión. Entre sus hojas metí un dibujo que me había dado Luisa; representaba las orillas del lago: ningún accesorio faltaba, veíanse allí los gansos, la bandada de gorriones, y hasta el ridículo espantajo figuraba en tercer término... Libro y dibujo me recordaban los dos seres [más amados sobre la tierra... Por eso los guardé sobre mi agitado corazón.

Cuando estaba concluyendo de atar el lio, entró el señor cura y hablome de cosas indiferentes. Los dos, por tácito convenio, retardábamos el momento de la despedida...

Por fin, alargóme un papel que contenía varias monedas de plata y una pequeñita de oro. Abrióme los brazos, y confundimos nuestras almas en un largo y estrechísimo abrazo.

Las siete daban en el reloj de la torre cuando salí de la abadía, para encaminarme á la villa inmediata; en ella debía pasar la noche, y al día siguiente continuar el viaje hasta O... en diligencia...

Pasé orillita del lago. ¡Cómo había cambiado á mi vista! Sus aguas me parecieron turbias, tristes sus riberas, y con todo, no pude menos de arrojar una envidiosa mirada sobre los gansos, que no tenían, como yo, la precisión de abandonarlas... Recordé las dulces horas que había pasado allí, junto á ellos, y alejéme con pena de aquel sitio, por mí tan frecuentado.

(Se continuará).

LOS NIDOS DE LAS AVES.

El estudio de la arquitectura de los animales es una de las materias más interesantes de las ciencias naturales; la arquitectura de las aves, principalmente, presenta á nuestra imaginación tan ricos como variados ejemplos de su instinto misterioso, el cual será siempre para nosotros un enigma indecifrable.

Un nido es una especie de cuna, una habitación que construyen las aves para depositar sus huevos y para criar á sus hijos; este nido es además de una construcción sólida, regular, elegante, extraordinariamente propia para el objeto propuesto, habiendo sido empezado con un tierno interés bajo el influjo de una necesidad ciega y concluida con un celo verdaderamente solícito y perseverante; es un trabajo que llena de asombro al observador por la habilidad que se ve en él, y que siempre será inexplicable para el hombre.

Cada clase de aves tiene para su nido formas y divisiones particulares y un lugar especial para hacerle. Las aves de rapiña se anidan en los picos de las rocas y en las altas torres; construyen sus espaciosas moradas con grandes pedazos de madera, porque la naturaleza las ha dotado de una fuerza muscular poderosa; sus nidos, contruidos con mucho trabajo y con bastante tiempo, duran para sus hijos y sus nietos, pues rara vez sucede que estas aves y sus familias abandonen el primer monumento del cuidado materno; además, están tan sólidamente contruidos, que pocas veces los perjudican las inclemencias del tiempo.

La mayor parte de los pájaros, se contentan con construir sus nidos en la rama de un árbol, en un poco de tierra ó en la rama vacilante de un arbusto. Los unos toman yerbas, astillas pequeñas, musgo, lana, algodon y otras mil pequeñeces que encuentran aquí y allá, que las llevan desde muy lejos, con indecible trabajo, y que finalmente, las reúnen en la rama que han elegido. Sólo con las patas y con el pico, que son sus únicos instrumentos, tejen y trenzan las yerbas, el musgo y las pequeñas astillas, formando con todo una obra maestra.

Algunas especies suspenden con mucha destreza sus nidos de ramas flexibles que ceden al más ligero soplo de viento, otras reúnen hojas y greda, trabajándolo todo con auxilio de su saliva ó de agua llevada desde lejos y forman una especie de cemento, con el que construyen un nido pequeño, pero sumamente sólido, y le colocan en una chimenea ó en la grieta de una roca, para resguardarle del viento y de la humedad.

Este nido, que por la parte exterior es una obra de arte, es por dentro una obra maestra, dividida por unas especies de tabiques para separar á los padres de los hijos; el padre, ocupado en proveer á las necesidades de la familia, se retira á su pequeña celda, donde permanece solo velando y observando lo que pasa por fuera ó descansando cuando no es necesario.

¡Cuántos viajes y cuántos trabajos son necesarios para terminar una obra tal, y qué industria tan elevada, unida á la paciencia instintiva de que los ha dotado la naturaleza, se necesita para todo esto!

Otros construyen sus nidos en el suelo, entre algunos terrones que los resguarden del viento y de las inunda-

ciones. Estos nidos son menos artísticos; pero una abundante capa de plumon sobre vegetales flexibles, los suministra siempre una morada cómoda. Por último, hay algunos que menos minuciosos y por su naturaleza más perezosos, se contentan con hacer un hoyo en la arena, en el cual depositan sus huevos, dejando su incubación á los rayos del sol, aunque por la noche van fielmente á cuidar de ellos.

Entre todos los nidos, el del paro es uno de los más notables. Este pájaro, que no es mayor que un reyezuelo, toma infinitas precauciones para construir su morada. Su nido se halla cerrado por arriba y por abajo, y no tiene más que una abertura pequeña y circular que le sirve de puerta y de ventana al mismo tiempo, y está tan cerrado por todas partes, que nada puede penetrar en su interior, y aun para que no entre la frialdad, tiene una especie de puerta que cierra la entrada y que es semejante á una mampara. Esta pequeña puerta está formada de plumas muy finas, transparentes y flexibles, que sin privar al nido de la luz del día, impiden que entre la lluvia; por esta puerta entra y sale el pájaro sin hacer daño alguno: pero no es esto todo, el paro es tan pequeño que debe temerle todo, por lo tanto recurre á la astucia para sustraer su morada de la vista del enemigo, asegura su nido al tronco de un árbol y le cubre cuidadosamente con ramas y hojas de plantas parásitas de las que crecen en la corteza para darle un aspecto que se asemeje á la corteza misma. Así, pues, para extraviar al enemigo, oculta el paro su obra artística y coloca tranquilamente su familia bajo un engaño inocente.

Otra variedad de esta misma familia lleva todavía más lejos sus precauciones; como sólo habitan los países que tienen aguas y temen mucho á los insectos rampantes, cuelgan sus nidos de una rama que esté inclinada sobre el agua; la abertura del nido forma un conducto por el cual le sería imposible penetrar á la misma víbora.

Otra variedad aún de la misma familia pone en su nido una especie de cáliz en el cual descansan los padres de los trabajos de sustentar á los hijos. El nido de estos pájaros, que es uno de los más pequeños, de los más delicados y de los más frágiles, tiene ordinariamente 8 pulgadas de alto por 4 de ancho, y esta obra, que puede llamarse inmensa en comparación con la debilidad del constructor, empieza á construirse en medio del invierno y queda terminada antes de la primavera, para cuando la hembra ha de depositar sus huevos, período bastante largo, pues que los huevos suelen pasar de veinte, y todos son sacados desde el primero hasta el último.

El nido de ciertos canarios de una especie particular, está tan artísticamente hecho, que es necesario cortar los nudos apretados de que está formado si se quiere ver su interior: está hecho de hojas, cuyos bordes se hallan cosidos por medio de filamentos vegetales, y todo esto está trabajado únicamente con el pico y con las patas.

(Se continuará).

Explicación del Figurin 1014.

FIG. 1.^a—*Traje de paseo y visitas*.—Elegante vestido de reps de lana verde, guarnecido de tiras de piel. La primera falda termina por detrás con un ancho volante á tablas, y encima tres bieses entre dos tiras de piel. Igual adorno, menos el volante, guarnece la segunda falda, graciosamente recogida. Por delante, la falda es lisa, adornada con tiras de piel perpendiculares. La chaqueta va también guarnecida de piel, y de la misma piel es el manguito. Sombrero de raso punzó, con lazos de terciopelo y encaje negro, y velo negro que descende flotando sobre la espalda.

FIG. 2.^a—*Traje de baile*.—El vestido, de seda color de rosa, lleva en el bajo de la falda tres anchos bullones de tarlatana blanca, cogidos de trecho en trecho con cinta rosa transversales. La túnica va orillada con una ruche y encaje blanco, ligeramente fruncido. La berta, de tarlatana y encaje, que rodea el cuerpo escotado y forma la manga, imita el adorno de la primera falda. Collar de perlas con medallón, guirnalda de rosas en el cabello, y guantes largos.

FIG. 3.^a—*Traje para recibir en casa*.—Vestido de lana gris oscuro. Lo más notable que ofrece es la aldeta, que termina el cuerpo, en forma de abanico. La manga es ajustada hasta el codo, en donde abre debajo de un lazo. La falda es lisa. Lazo de encaje blanco y negro en el cabello destrenzado y ligeramente rizado en su extremo inferior.



LA GOTA DE AGUA.

CUENTO.

Una de de las muchas gotas que cayeron en una tormenta, quedó reclinada en una hoja pequeñita de un grande árbol.

La pobre gota, pensando en sí misma, hacía serias reflexiones y se decía: Hé aquí que yo he bajado á la tierra con el deseo de hacer el bien y no tengo medios de dar la felicidad á ninguno de los seres que me rodean. Estoy tansola y soy tan pequeña, que no sirvo de nada. Soy un sér que no tiene destino propio en el mundo.

Entónces un rayo de sol se filtró en su pequeña masa de agua y sus hermosos destellos formaron un arco de varios colores que iluminó toda la tierra.

Un inmenso clamor de júbilo se levantó por todas partes. Bendita seas, brillante faja de siete colores, tú vienes á reanimar nuestras esperanzas, la tempestad no abatirá

Recomendamos á nuestras constantes favorecedoras la lectura de *El Audaz*, novela que el reputado autor de *La Fontana de Oro*, Sr. D. Benito Perez Galdós, ha publicado recientemente, y que se vende en las principales librerías, al precio de 12 reales. Vigorosos y originales caracteres, una accion altamente dramática y un estilo castizo y elegante, lleno de gracia y esmaltado de brillantes imágenes; tales son los atractivos con que el notable libro del Sr. Galdós se ofrece á las personas de buen gusto.

CORRESPONDENCIA.

P. M.—*Santander*.—El caldo que dejan las habichuelas blancas, despues de cocidas, tiene la singular propiedad de limpiar la ropa sin alterar el color y sin dejar la menor mancha. Así en muchas casas se emplea para lavar los paños de cocina y la ropita de los niños.

Tambien sus películas sirven para teñir las telas de algodón y seda, despues de haberlas hecho hervir y haberlas puesto á remojar durante largo tiempo en una disolucion de alumbre. De este modo las cintas y telas deslucidas, pueden aprovecharse para forros, transparentes, para todo ménos para vestidos, como no estén destinados á servir de viso para un traje de baile.

D. G.—*Jaen*.—Damos á V. las más expresivas gracias por su receta contra los sabañones, que nos apresura-

En el álbum de Sofia Tomasillo se propuso Escribir, y al cabo puso Un recuerdo, una poesia.

El, que jamás fué poeta, Al consonante cedió, Y á su amada motejó Sin pensarlo, de coqueta.

Mas Sofia, que no repara En mucho, rompe los lazos, Y haciendo el álbum pedazos Se los arroja á la cara.

Pero á él nada le abruma, Y dice con santa calma:

“Nunca responde mi alma De lo que diga mi pluma;

Jurando, á fé de Tomás, Que esa actitud no me injuria; Que siendo mayor tu furia, Mi cariño es mucho más.

Y fuera cosa de ver Que tanto sufrir te asombre, Pues lo más grande del hombre, Lo pierde por la mujer.”

Badajoz 10 Enero de 1872. ADOLFO VARGAS.

La solucion en el próximo número literario.



ANTAÑO.

Familias á la moda el año diez, y que se encuentran hoy muy rara vez.



OGAÑO.

Familias que en Madrid están de moda, y hacen aborrecer el pan de boda.

más las espigas; mañana podremos recoger los granos de oro de nuestros valles y nuestros hijos tendrán pan todo el invierno.

Hola! se dijo la gota, todos estos parabienes en rigor me pertenecen, porque sin mis transparentes cristales no se hubiera desarrollado en el horizonte esa inmensa banda que ha cargado de alegría las brisas de los campos.

Estoy satisfecha, pero aún quisiera hacer más bien. En esto oyó que una florecita que crecía al pié del árbol, daba al viento melancólicas quejas, diciendo:

Soy un débil sér destinado á morir cuando las ilusiones le sonrien. Estas plantas egoistas que viven á mi lado ocultan mi tallo con sus largas hojas, que parecen los brazos de la muerte. El rocío no puede llegar hasta mi boton y conozco que estos van á ser mis últimos suspiros. El cielo no quiere concederme ni una sola perla de las nubes.

No será así, murmuró la gota, y aprovechando una ténnue ráfaga del crepúsculo se lanzó en el espacio y cabalgó en las alas del aura hasta que se dejó caer en la corola de la flor.

Al poco la rosa cerró su boton y la gota quedó encerrada en la rosa. Allí pasó toda la noche impregnando su cáliz con el fresco aliento de la vida.

La flor que creía soñar en la eterna y dulce noche de la muerte, despertó á la mañana y se halló respirando las delicias de una nueva existencia.

La gota había humedecido todos sus pétalos. Despues, con la satisfaccion de quien ha repartido dichas á los seres abrumados por la desgracia, dijo:

He hecho nacer una gran esperanza y he reanimado una vida agonizante; ahora puedo decir que he cumplido mi destino en el mundo.

Y separándose y formando una pequeñita nube azul, subió á lo más alto del cielo.

HERMENEGILDO NOFIEGA.

mos á publicar, deseosas siempre de ser útiles á nuestras suscriptoras. Esta se reduce á aplicar sobre los sabañones, cuando todavía no se han abierto, miel blanca, y á las dos ó tres veces quedan curados.

M. P.—*Tarragona*.—Así es el destino de la mujer, y la única hada que puede embellecerlo es la resignacion cristiana. Dice un proverbio árabe: sé como la madera de sándalo que embalsama el hacha que la destroza: sobrelleve V. con paciencia sus desencantos y sus sinsabores, no hay milagros que no alcancen la resignacion, la dulzura y la paciencia.

Soluciones al geroglífico inserto en el anterior número literario, por Doña Eusebia Vidaurre de Janáriz, Doña Umbelina Alarcon, Doña Elvira Romero, Doña Gertrudis Martinez, Doña Vicenta Mason; y los Sres. D. Manuel Orquero, D. Vicente Esquivéz, D. Mariano Soto y D. Segismundo Ortes.

Tambien nos ha enviado su solucion el niño de diez años D. Ricardo Cortés y Velasco, á quien felicitamos por su precoz ingenio.

PORFIA MATA LA CAZA.

ENIGMA.

La siguiente composicion entraña un enigma ó geroglífico.

Para descifrarlo es preciso combinar un refran, ó proverbio castellano muy conocido.

La combinacion ha de hacerse, tomando de la primera redondilla ó estrofa la primera palabra del refran, y de la segunda redondilla la segunda palabra de dicho refran, y así sucesivamente hasta adivinar las siete que lo componen.

Ayuntamiento de Madrid

CHARADA.

Mi primera está formada Solamente de dos letras, Que por mucho que lo busques Significado no encuentras, Como dos admirativos No pongas de centinelas.

Por la segunda, han corrido Rios de sangre en la tierra, Y la humana criatura, Que no abrigue su influencia, Sin placeres en el alma Llegará á la tumba yerta.

Lector, el todo ofrecido, Habrás á un amiga tierna, Que es posible que desee Que renueves la fineza; Dáselo frio, humeante, Crudo, hirviendo ó como quiera.

I. DE V.

La solucion en el próximo número literario.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á las señoras suscriptoras á las *Buenas novelas*, que tengan la bondad de manifestarnos si desean recibir los números de dicho periódico conforme vayan apareciendo, ó reunidos en un cuaderno á fin de mes, como se ha venido practicando hasta ahora.

Acompaña á este número el pliego de dibujos y el figurin, correspondientes á la edicion de lujo.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.